

LEFFEBRE, EL AGUA Y EL ACEITE

Según Manuel de Unciti en su artículo "Los errores de Lefebvre", toda la maternal y comprensiva generosidad de Roma para atraerse a los lefebristas parece que más que conversiones ha logrado divisiones y enquistamientos. Ha habido disensiones en el seno de algunas órdenes religiosas, y la facultad de seguir el "viejo misal romano", ampliamente concedida, se ha convertido en bandera enarbolada "para convocar a los insatisfechos con las novedades conciliares".

Pero lo grave del caso es que estos efectos no proceden del oportunismo de algunos sectores católicos demasiado románticos, como parece sugerirlo Unciti; sino de que el lefebrismo y las "novedades conciliares" se riñen entre sí como el agua y el aceite. Es imposible mezclarlos. Una doctrina que afirma que "existe, tanto para los individuos como para los Estados, la obligación moral de asumir la verdad del Evangelio", y que "el error, y más en materia religiosa, no tiene derecho alguno de existencia", no es un mero sentimentalismo romántico; tanto más cuanto que "así lo habían enseñado -¡y bien solemnemente!- los papas, particularmente Pío IX y San Pío X, nombres a los que cabría sumar los de Gregorio XVI y León XIII". Y si, como afirma el mismo Unciti, "el magisterio de estos papas contradice la posición tomada por el Vaticano II" ¿cómo se puede uno extrañar de la incompatibilidad profunda de las dos posiciones? Unciti minimiza la incompatibilidad reduciéndola a diversidad de "puntos de vista": el de "la verdad revelada", que era la "óptica objetiva" en que se pusieron aquellos papas -¡y el Evangelio entero!-, y el de la "subjetiva" a la que se pasó el Concilio. Total, que a través del filtro de la conciencia subjetiva se puede acabar por ver que lo contradictorio no es contradictorio, ni lo incompatible. ¡Lástima que Lefebvre no haya acertado a calarse las gafas dotadas de este mágico filtro!

Alberto BASABE